

José de León Toral

## ¿Héroe del Sistema?

23-XI-83

POR LORENZO MEYER

LA celebración de un aniversario más de la Revolución Mexicana me da pie para proponer una idea que quizá no sea muy popular pero que me parece justa: la rehabilitación de alguien que por su acción —que no por sus intenciones— resulta ser un genuino héroe de nuestro sistema: me refiero a José de León Toral, el joven católico que dio muerte a Alvaro Obregón en 1928.

La Revolución Mexicana significó, primero que nada, un cambio en la manera de ver la cosa política, un cambio en la legitimidad. Luego vinieron, y muy poco a poco, cambios en las estructuras y en el sistema de propiedad. La bandera original de la Revolución de 1910 fue una de las más simples imaginables: sufragio efectivo y no reelección. Nada más. La elección de Madero en 1911 resultó ser un ejemplo más o menos aceptable del sufragio efectivo, pero a partir de entonces y hasta la fecha, todas nuestras elecciones dejan mucho que desear en este aspecto. El segundo principio, el de la no reelección, parecía destinado a seguir un camino igualmente triste.

★

LA mitad de la presidencia de Calles (22 de enero de 1927), Obregón logró que el Congreso modificara la entonces joven Constitución, de tal manera que el 10. de diciembre de 1928 Obregón pudiera volver a la Presidencia que había dejado en noviembre de 1924. Por si esto fuera poco, el caudillo sonoreense, vencedor de Villa y Carranza, logró que el cuatrienio presidencial se tornara sexenio. Todo indicaba en 1928 que íbamos a tener Obregón para rato.

La modernización del sistema político mexicano necesitaba instituciones, pero la tradición disponible en ese momento era la de los caudillos, la de los "hombres indispensables". Aquellos que intentaron oponerse a la reelección de Obregón fueron eliminados sin dificultad ni contemplaciones: Francisco Serrano y Arnulfo R. Gómez. El propio Presidente Calles y el poderoso líder obrero Luis N. Morones, no pudieron contener a Obregón y debieron aceptarlo, a pesar suyo, como Presidente por segunda vez.

México parecía condenado a repetir el ciclo del "necesariato": Santa Anna, Porfirio Díaz y ahora Obregón. Es aquí donde la acción inesperada pero definitiva de León Toral, que deja muerto de un tiro a Obregón mientras celebraba una reelección que le atribuía el ciento por ciento de los votos emitidos, abrió de pronto las posibilidades de restablecer el principio de la no reelección así como la de dar vida a un partido oficial que trascendiera a los individuos. La idea de tal partido ya había sido propuesta por José Ives Limantour y Justo Sierra en el antiguo régimen y por el propio Calles en el nuevo, pero sin éxito. Para figuras de la talla de Díaz u Obregón, las constituciones o los partidos no eran sino males necesarios, instrumentos momentáneos para quien buscaba el ejercicio de un poder personal casi ilimitado.

★

LEON Toral hizo lo que yo sospecho que muchos miembros de la "familia revolucionaria" hubieran deseado pero que no se atrevieron a hacer: eliminar al caudillo, por disfuncional. Lo trágico de la acción de Toral es que decidió sacrificar su vida convencido de que lo hacía no para salvar al sistema sino para hundirlo. Se equivocó de medio a medio, pero en política las intenciones son secundarias, los resultados son los que cuentan. Es por ello que a fin de cuentas León Toral hizo tanto o más por afianzar al nuevo régimen que, digamos, Portes Gil, Pascual Ortiz Rubio o Abelardo Rodríguez. Es por ello que propongo que se le reconozca tal mérito.

Alguien podría decir que Dios debe de tener en alta estima al PRI, ya que para permitir que surgiera (como Partido Nacional Revolucionario, en marzo de 1929) debió aceptar que un hombre piadoso como León Toral fuera torturado y muerto por aquellos a quienes benefició. Pero, siguiendo el pensamiento de San Agustín —quien tenía en muy poca estima a la política— se puede proponer una hipótesis alternativa: el PRI está aquí para nuestro castigo, para hacernos pagar en esta Tierra una parte sustantiva de nuestras culpas, de tal forma que al abandonar este mundo cruel, podamos, ahora sí, disfrutar de la justicia ¡Qué extraños son los designios del Señor!